

ron por tierra con el poder calchaquí, cuya derrota quedó asegurada con la deportación de once mil indios del Valle. Los quilmes fueron dispersos en el territorio de las tres provincias, y doscientas familias vinieron á Buenos Aires, donde fundaron entre lágrimas de despecho y de amargura, la población que lleva todavía su nombre. Sus tierras fueron repartidas como la herencia del muerto, y su martirio se confunde en el vertiginoso recuerdo de la emigración de los acalíes, cuyas esposas desesperadas, estrellaban la cabeza de sus hijos, para evitarles con el bárbaro frenesí de la libertad salvaje la ignominia de la esclavitud.—A este gobierno siguió el de don Angel Peredo, que gobernó desde 1671 hasta 1675. Una muralla de piedra para defender la ciudad de Córdoba contra los torrentes de la sierra, fué el único pacífico monumento que legó á la posteridad. El reposo amargo y febril de la provincia, duró algunos años, envuelto en el pavoroso silencio del exterminio.

### III

Mientras la provincia de Tucumán era hondamente perturbada por la resistencia de los indios, una chispa de brillo vacilante fulguraba sobre la población de Buenos Aires.—La monarquía española gangrenada por la corrupción interior, y débil ya, merced á sus demañados prin-

cipios de política y de comercio, creía recobrar su puesto en el cuadro histórico de Europa, esforzándose por vencer á los enemigos exteriores que la acosaban.

Entre tanto los aventureros holandeses se habían apoderado de la capital del Brasil y miraban con ambición, las colonias del Río de la Plata. En 1625 asomaron en las costas argentinas, y si bien retrocedieron ante la actitud que asumía Céspedes, que con previsora vigilancia, se aprestaba á defender á Buenos Aires, guarnecido con milicias de todas las provincias, pensaron no esterilizar completamente su viaje. La idea de la independencia esparcida en proclamas, que arrojaron á la costa, fué su única hostilidad contra el cetro castellano.—He visto muchas veces distraer á los niños, mostrándoles objetos que caracterizan los hábitos del hombre en la edad adulta, y halagarlos con la perspectiva de sus goces. Los niños sonrían y la impresión fugaz desaparece al borrarse de sus ojos la imagen que la produce. No encuentro otra imagen que exprese mi opinión sobre este incidente, que recojo como un recuerdo de la cuna, pálida chispa incapaz de debilitar la densidad del caos en que yacía el pueblo en que nació Mariano Moreno.

El reposo de aquella inquietud fué una torpe reyerta entre fray Pedro Carranza, nuestro primer obispo y el gobernador Céspedes, por celos de jurisdicción en el proceso del inquisidor Vergara, cuyo objeto no ha sido puesto en claro.

Seis años después caía arrasada por los indios la Concepción del Bermejo (1631). Su opulencia, efímera por cuanto el desenvolvimiento industrial, que la enriquecía, se apoyaba en la explotación del trabajo de los indios, la constituían, no obstante, en el centro de mayor vitalidad de las colonias del Plata.

El gobernador Dávila intentó varias expediciones con la esperanza de restablecerla, sin que le fuese dado satisfacer su noble propósito.

Así, estas empresas como algunas posteriores, fueron embarazadas por el desacuerdo del poder religioso con las autoridades civiles, que tuvieron lugar con el obispo Aresti, en el gobierno de Dávila y en el de su sucesor don Mendo de la Cueva y Benavídez (1637).

Vencido el último hombre de fe, ante el prestigio de la opinión, hubiera abandonado su puesto, á no estorbárselo el ayuntamiento, en amor de la ciudad, cuyos intereses representaba, y á la cual no podía contemplar tranquilamente, cuando el abandono del magistrado la pusiera, por decirlo así, á merced de los bárbaros y de los extranjeros, á la sazón en guerra con la madre patria.

Por 1639 don Cristóbal de Garay y Saavedra, digno descendiente del noble general, cuya memoria envejece con razón á los hijos del pueblo que fundó, renovaba en Corrientes los días heroicos de la conquista, en su expedición á las islas de la laguna Iberá, donde sometió numerosas tribus indígenas. Satisfecho el gobernador con estas glorias, quiso llevar la guerra contra

los calchaquíes, que en el furor de su alzamiento pisaban las fronteras de Santa Fe; pero hostilizado con censuras eclesiásticas, por el provisor que gobernaba la diócesis de Buenos Aires, tuvo que ceder en sus esperanzas, compensadas por sucesivas victorias en las márgenes del Paraná y Uruguay contra los infieles, conseguidas con ejércitos, en cuyas filas figuraban los bravos guaraníes de las reducciones jesuíticas.

Los triunfos que coronaron las armas españolas en 1640, sobre los paulistas, regocijaron la provincia. En 1646 perturbó de nuevo la provincia el gobierno de don Jacinto Laris, que no detuvo sus tiránicas arbitrariedades ante los fueros de la Iglesia, cuyas propiedades pretendió usurpar, prohibiéndole la adquisición de bienes raíces. El obispo Velazco le resistió enérgicamente.

Dividida la sociedad por cuestiones, que tan vivamente excitan las pasiones populares, pudo no obstante calmarla, el gobierno prudente de Baigorri que subrogó al tirano en 1653. Las amenazas de los franceses en el propio año la inquietaron de nuevo, y en 1657, 58 y 71, se renovaron estos peligros exteriores, conjurados siempre sin sangre, y en los cuales fué valioso el concurso de los guaraníes <sup>(1)</sup>.

En 1660 ocupó el puesto de Baigorri, don Alonso Mercado, el cual comerció copiosamente

(1) *Memorial* del padre Jerónimo Herrán.—*Noticia sobre los servicios de los guaraníes*, por Castillo y Orga. M. S. Archivo general.

con los holandeses, desobedeciendo las leyes de la corona y fué sometido á juicio cuando en 1663 se fundó la Real Audiencia de Buenos Aires.

Armó además esta ciudad en prevención de las hostilidades con que pudieran combatir los extranjeros en sus colonias á la monarquía española, y recibió orden secreta del rey en 1661, para sedicionar el Brasil, amenazado de pasar á poder de la Inglaterra, como dote de la joven duquesa de Braganza. En este tiempo se trasladó la ciudad de Santa Fe, al sitio que hasta el día ocupa.

Con la fundación de la Audiencia Real, que tuvo efecto en 1663, comenzó á gobernar su presidente don José Martínez de Salazar, que levantó un censo de la ciudad, cuyo resultado dió 211 familias, componiendo un total de cerca de 850 habitantes. En este cómputo no está comprendido el clero, la milicia ni los esclavos, con los cuales vendría á formar un núcleo como de 1200 personas (1).

Salazar abrió á las Misiones guaraníes la plaza de Santa Fe, como mercado para sus frutos y manufacturas. Bien merecían seguramente los indios esta franquicia, que fomentaba considerablemente su industria. Aun sin tomar en cuenta

(1) Había entonces un médico, un platero, un herrero y un zapatero. No encuentro en el censo el nombre del sastre, que señalé antes, y que probablemente habría muerto en esta fecha. En cuanto á extranjeros, apenas había un austriaco, un irlandés y algunos portugueses. (Véase el documento íntegro en el tomo I del *Registro Estadístico*, de 1859).

sus anteriores trabajos, en aquellos tiempos concurrían á construir el fuerte de Buenos Aires, y acababan de enviar 500 de sus hermanos en defensa de la ciudad, amagada á la vez por los ingleses y por los indios (1664-1671).

En 1673 fué suprimida la Audiencia de Buenos Aires. En el siguiente comenzó el despótico gobierno de Robles, según la cronología del doctor Funes, que he seguido en casi toda esta conferencia.

Con la fundación de la Colonia del Sacramento en 1680 por los portugueses del Brasil, libres ya de la dominación extranjera, comienza la crisis de la cuestión de límites, que modifica y reanima la vida colonial y colocó á Buenos Aires en primer término en la historia argentina.

El cuadro que con violencia acabo de trazar, me inhibe, señores, de entrar en detenidas reflexiones sobre los progresos de la civilización en nuestra patria.—Vosotros lo habéis visto: la colonia estaba estacionada. La política y la organización social, que procuré explicar en mi penúltima conferencia, se encontraban por entonces en la plenitud de su dominio. Apenas en el Paraguay tenía que combatir con el elemento teocrático levantado en las Misiones por la realización de la conquista espiritual en el círculo exagerado, que le abrió Saavedra. La madre patria no tenía jugos vitales que infiltrar en la sociedad hispano americana.

Sin espontáneas adivinaciones, sin la atracción moral de símbolos luminosos, que penetraron

rayo á rayo en el corazón del pueblo argentino, habría perecido sin duda para la civilización, ó se habría aletargado, como el Paraguay, víctima de la inercia constitutiva de su juventud, no conmovida, sino por el choque de la anarquía, que la avaricia expoliadora entrañaba en el organismo social. Arido y seco como el árbol calcinado por la electricidad, así nacía el pueblo, semejante á esos tallos sin jugo y sin ramas, que brotan en las vecindades arenosas de los lagos bajo el sol ardiente de nuestros campos.—Nacía herido de esterilidad; porque la opinión pública se adormecía en España: porque la fibra popular se extinguía; porque la grandeza castellana se desmoronaba al vaivén de la gloria militar, y arrasada por el sopro de la inmoral diplomacia de los siglos XVI y XVII.

Al extinguirse el último idiota retoño de la casa de Austria, y caer con el reinado de Felipe V, entre los dominios de la funesta raza borbónica, se aniquilaban todos los bríos de la España, y la señora de Europa, venía á ser convertida en tributaria de las naciones.—Agonizante su industria, que creía fomentar atentando contra la ajena, cuya prosperidad era al contrario su esperanza por los juegos fecundos del comercio: despotizada por los tiranos, despreciada por el extranjero: y corrompida hasta en sus aspiraciones á la belleza estética por la epidemia intelectual del gongorismo: sin refugio, en el principio dignificante, que injuriaba con la bárbara inquisición: socavada en sus cimientos y desmantelada

de sus velas y de sus estandartes, ¿qué energías ni qué aspiraciones podía transmitirnos la España? ¿Acaso podíamos esperar la virilidad como irradiación de una sociedad decrepita y enferma? ¡Ah! no, señores! La emancipación era la ley de desarrollo para el Nuevo Mundo, porque al llegar á su hermosa juventud, cuando abría el alma á la ilusión, se encontró amarrado de cara con un cadáver, injerto sacrílego de la vida con la muerte.

Ah! no equivoquéis, señores, mis sentimientos, interpretando estas palabras como declamación de una ingrata misantropía. Reconozco mi carne, y mi sangre en aquella raza varonil decaída bajo el torpe embate de sus propios errores: y me duele el alma cuando observo el estrecho aliento de la primitiva sociedad argentina, correlativo con el aniquilamiento de la madre patria. No vengo á maldecir la tumba de generaciones desgraciadas, manantial de nuestra existencia culta, ni á perturbar el refugio de la muerte, invocando sacrílegamente el nombre de la libertad que es santa, de la civilización que es indulgente y pacífica. No, señores: lamento que la civilización argentina se desenvolviera á la par con la decadencia española; y señalo este fenómeno, como la causa matriz de la violencia íntima, del estacionamiento doloroso y la estructura inmóvil de las instituciones en los pueblos del Río de la Plata.

Quisiera que esta observación quedara impresa en vuestra memoria, como síntesis de mi conferencia de hoy, toda vez que la reputo un

antecedente de largo alcance en el curso de nuestros estudios.—¡Cuán diferente era la fortuna de la colonización en el norte!—Las colonias españolas nacían de una nacionalidad caduca, cuando las norte americanas, eran la irradiación de un pueblo que se levantaba henchido de savia, y de fuerza. Nuestros pueblos crecían entre las sombras cenicientas de un ocaso triste, como el eclipse de la esperanza, en tanto que los anglo-americanos, crecían cantando entre el incendio abri-llantado de caprichosos colores de un sol naciente. Ellos se desprendían del seno de la metrópoli como el rayo de luz de su foco, mientras nuestra miserable existencia se reconcentraba como la sombra en las tinieblas.—Por eso fuimos débiles, y mal engendrados semejantes á los hijos del viejo. La naturaleza tiene profundos misterios, que se reproducen en la historia, como lecciones vivas de la alta Providencia.—Y dejo, en fin, á vuestras reflexiones una observación final. Mal grado de la apatía, que agoviaba á los pueblos, encontramos en este período á los ayuntamientos salvando la sociedad, por el juego mecánico de sus fuerzas propias. Reparad en este fenómeno, que completa mi cuadro: el hecho comunal siendo el refugio del colono, cuando era despedazado por el roce de todos los elementos antipáticos, amontonados en desórden y que despedazaban su existencia, cuyas condiciones, por faltarle el nervio personal, era impotente para modificar ó corregir.

Comprendo, señores, que estos cuadros no encierran el interés de los grandes espectáculos sociales. Su importancia como tópicos de estudio y su influencia sobre el sentimiento patriótico, crecen, no obstante, en razón directa con su pequeñez. Para juzgar el desarrollo de un pueblo, importa antes que todo, poner en claro su punto de partida. Las sociedades obedecen á ciertas leyes generales, pero la vida moral, no tiene como la vegetación una marcha uniforme y fatal. Siempre oímos hablar de la libertad y raras veces con sentido exacto. La libertad no es precisamente un derecho, menos aun una temperatura social que sea preciso medir como el calor de un invernáculo, según la doctrina napoleónica de nuestros días: tampoco es una conquista de la civilización: ni una concesión de la sociedad, como pretendía Rousseau: es una facultad del alma humana, y en este concepto, el resorte de la vida y de la historia. Por eso burla los pensamientos más serios en cuanto á los hechos por venir, y lo mismo que es el criterio de toda ley, es el fundamento de la filosofía de la historia. De donde se deduce, que el método de observación, aplicado á esta ciencia, es la suprema garantía de éxito en las investigaciones humanas; y de aquí, como acabo de decirlo, que sea forzo para juzgar el desarrollo de un pueblo, concebir con la seguridad perentoria de un axioma, su punto de partida.—Mirad, señores, el nuestro: contempladlo dos y tres veces, siguiendo los rumbos de nuestra cronología y estudiémoslo

juntos con paciencia.... Puede que os fatigue... puede que os ruborice: hombres conozco yo, que se avergüenzan de la pobreza de su infancia, y la ocultan ó se disfrazan; pero los espíritus serios y las almas nobles, ni se dejan llevar por el viento de la curiosidad pueril, ni soportan la coyunda de la vanidad. Démonos cuenta de nuestra antigua miseria; sólo así comprenderemos nuestros trabajos democráticos: estudiémosla, repito, y veréis, qué gratas sorpresas, qué noble satisfacción nos aguarda!

Conocéis sin duda la vida de Franklin: jamás él se avergonzó de su niñez. Obrero en la juventud, fué sabio, legislador en la virilidad: ¡fué Franklin, señores, por quien llevó luto todo el mundo civilizado cuando la muerte lo arrebató á la gloria de la humanidad. Eso era un hombre... Y yo os digo, que palpitará vuestro corazón hirviendo en santo orgullo, cuando juntéis los hilos de este drama admirable y penoso de la vida argentina.—Mucho hemos errado, mucho erramos... Mirad á los días coloniales... Mirad después el Ejército de los Andes: escuchad á Moreno: contemplad á Quiroga: luego á Rivadavia: después á Rosas: oíd al cañón de Caseros: leed, por fin, la Constitución Nacional, y entrad, entrad, señores, en nuestras universidades, en nuestros congresos libres, seguid á la prensa soberana de su opinión, corred por los campos en los trenes á vapor... mirad el ejército que triunfa hoy en el suelo empapado por las lágrimas del infeliz Paraguay...—Y quien realiza tanto en medio siglo de libertad... ese es un pueblol...

## CONFERENCIA IX

TUCUMÁN Y PARAGUAY (1680-1770): TUCUMÁN: Continuación de la guerra contra los indios. Fundaciones nuevas. Colegio de Monserrat. Cansancio de la provincia. Revoluciones interiores. Influencia de los Cabildos. Camarillas de familia. Corrupción administrativa. Vicios de la sociabilidad colonial.—PARAGUAY: Pasiones populares. Guerras exteriores. Elementos de la política interna. Revolución de los comuneros. Anarquía. Venganzas del absolutismo. Decadencia de la provincia.

### I

#### SEÑORES:

La historia de la provincia de Tucumán en los años que vamos á recorrer hoy, contiene tres puntos de vista diversos, que caracterizan su fisonomía al entrar en el virreinato. No insistiré en el primero, cuyos principios habéis visto desenvolverse con imperturbable ceguedad hasta ahora, y que no ofrece materia, sino á reconcentradas lamentaciones. Me refiero á la guerra con los salvajes, tan sangrienta como estéril. Mientras inflamaba